

ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA



IMPRESIONES

VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

IMPRESIONES

Elko Omar Vázquez Erosa



Libro 15



Diván

Impresiones

© 2021 Elko Omar Vázquez Erosa

© 2021 Amazon

© Diseño: Elko Omar Vázquez Erosa

© Fotografía de portada: Juan Campos

Modelo: Minerva Correa Hinojosa

Blog: <https://voluptuosidadeslapalabra.com>
<https://www.youtube.com/@voluptuosidadeslapalabra>

I

El otoño y la muerte

Ella, soplo de aire,

hoja que flota
en el vacío y en el agua.

Ella, siempre viva
en el poema,
con los matices del otoño
reflejados en la piel.

Ella, vagarosa,
presente y misteriosa,
rojo del cerezo
y del carmín crujiente...

llave de plata,
paso franco del vergel
y de la aurora.

Al igual que las hojas

—desprendidas llamaradas
contra el cielo—
se proyecta el pensamiento
en difusas pinceladas.

Llora el viento
y de las torres blancas,
florilegios azules
que imprime la distancia.

No alcanzo las notas
para componer
una visión precisa
de los ríos subterráneos
que me obligan a añorarte.

En círculos,

reflejo lunar de los templos
que hoya el ladrón.

Escenas febriles
—polares—
de muerte y encanto.

Los goznes resisten:
sudor frío alentando
la vacilación de un animal
caído en la trampa.

Borracho de incienso
y de miedo
el intruso presiente
el vago murmullo
que levantando el vuelo
desde el abismo,
persigue al hereje.

En olas punzantes

de angustia y decepción,
buscando el lenguaje
que pudiera conmoverte.

Perdido en remansos
de locura,
al otro lado del sueño
y del espanto.

Ebrio en las notas dulces
de la flauta
y en el caer de las hojas,
heridas de sol;

en el parpadeo fugitivo
del relámpago
y sobre madonas góticas,
deformadas en cristal.

Con afanes de muérdago
y rocío, tras las rotas visiones
de tu espejo.

Cíbola, tierra de polvo

y de sueños marchitos,
tierra de paso
y de ilusiones
jamás realizadas.

Una armadura vacía,
una rueda en la arena.

Cíbola
—sólo necias pinturas
de necios pintores—.

Y quién pudiera seguir los pasos
de los hombres que se dicen normales,
y no hablar en verso,
y no morir lento, y llenarse
con dos horas de cerveza y televisión;

y quién pudiera olvidarte
en los brazos carnales
de otra mujer.

La atmósfera se llena

con fragancia de paja
y a través de la lluvia
se borran casuchas lejanas.

El viento gime
como una bestia mitológica
enmascarada en desamparo.

Aquella carta en la llanura,
pues nunca me atreví a mandarla.

El viento llora
como recién nacido
o como gato en celo.

Hay veces, tu recuerdo
en los caprichos
de la madera virgen...

...hay veces que te oigo gemir
extraviada entre espinas.

Hay frío,

los fantasmas de la luna
me miran,
y yo intento dibujarte
con la luz de un cigarrillo;

pero no recuerdo a qué sabes,
y resulta difícil traer el pasado
para colorear el horizonte,

para asomar la cabeza
de la niebla
y buscar tu rostro
en otro rostro.

Se cerraron las puertas
—las rejas—
y dormiste profundo.

Olvidé tu nombre:
ciego me fui
detrás de la sombra
que un día, estampada
entre notas florales,
proyectaste en la carne viva.

Hay frío,
y los fantasmas de la luna
susurran la historia
de tu regreso truncado.

Al morir todos los deseos

y después de las crisis
que pretenden el suicidio,
nos sorprendemos
a nosotros mismos
coqueteando con las almas
perdidas en el limbo.

Una mirada vacía,
las horas inexistentes
de ese “podría haber sido”.

Una copa de vino
y la caricia del invierno:
el cielo quiere llorar
o es nuestra soberbia
la que llega
a tales conclusiones.

Los íntimos recuerdos
como alambre de púas
en la piel.

Al morir todos los recuerdos
y después de las crisis
que pretenden el suicidio.

Lejos tu rostro

un concierto de flores
anida la aurora,
un concierto de flores y cruces,
un romper de campanas y velos.

Lejos tu rostro
un puño de tierra y de sol
—para que no tengas frío—
un concierto de flores y cruces,
un romper de campanas y velos.

En un cine viejo y olvidado,

los ojos de Edith...
y cada una de las imágenes
en cartón deslucido
sugería su rostro.

Mis pasos violaron
el silencio de los fantasmas
y pronunciando su nombre
esperaba, enfermizo,
por una respuesta.

Los ojos de Edith,
hija de pastores
de siluetas borrosas,
de un día muy extraño,
sepultado en el musgo
de la memoria.

La lluvia es lodo en los cristales,
el frío se lleva tu recuerdo
y los sueños se duermen
bajo una pátina de polvo.

...los ojos de Edith.

Un cráneo roto la luna:

a veces quisiera dormir;
pero luego el perfume
en tu pelo.

A veces quisiera estar lejos;
pero luego una máscara
pálida y tibia.

Tienes ojos de bestia salvaje
y una cruz en el pecho...

...eres hambre y deseo.

Perdí tu silueta

en el mar de la distancia
y murieron mis deseos;
sentí que no había nada
para mí, que lo disponible
carecía de interés.

El espejo
ya no me satisface
y la gente se ha vuelto fea
en todos los países,
en todos los lugares.

Escribieron grandes cosas
de reinos por los que luché,
para luego preguntarme,
para luego olvidar.

El espejo
ya no me satisface
y la gente se ha vuelto fea
en todos los países,
en todos los lugares.

Aleteo sobre las teclas

del piano: aquel sueño
que salió volando
por la ventana.

Una máscara
tenuemente desdibujada
en los cristales,
el perfume discreto
en el suave caer
de tu pelo.

Ella lanza una pelota de oro,
en un pozo hecho de oscuridad,
y las aguas se conmueven,
y las ondas fluyen
a través del tiempo y la distancia
para alcanzar la eternidad.

Eres tú, todavía,

al pasar de la brisa
y del tiempo.

Eres tú, el secreto,

firme cansancio
enterrado en la piel

Eres tú, la imagen del sueño,

las mañanas
que despierto llorando.

La sacaban a pasear

a los barrios elegantes
que quizá le recordaban
los propios de la infancia,
por mil novecientos veinte,
en una época más amable
en la que pasaron
visiones de prosperidad
que sólo pertenecían
a la abuela.

El siglo fatigado en augurios
de ajenos horizontes.

Los ancianos se reunieron

alrededor de la pira funeraria,
cobijados con sus mantos
de silencio;
y las llamas relampaguearon
dentro de sus ojos
a través de las épocas;
y contemplaron la obra
de los elohim,
la alquimia del sueño
y del perfume;
y vieron convertirse
el orgullo de los imperios
en montones de sal;
y luego dejaron
que brotase una flor en el cielo;
y finalmente
pronunciaron la palabra.

La ciudad estaba desierta

—no tenía murallas—
pero el Capitolio.

Trepando
con el afán de conquista
en los ojos,
hombres de dioses extraños,
hombres del norte.

Un guerrero
se detuvo un momento
a mirar el oscuro paisaje,
la luz en el cielo,
y fue como el alba
de una época nueva.

El graznido
de los gansos sagrados,
la defensa, la paz
que se compra con oro:
Roma lo entiende,
Roma se adueña del mundo.

II

ÍNTIMA,
MAJESTUOSA
Y DESGARRADA

Hoy, entre retazos del ayer,
con miedo a estar equivocado,
te me presentas en el musgo
de las paredes
y tu silueta es bailarina.

En las viñetas húmedas
de los libros
y en los tonos pastel
de cuadros luminosos
me extravió,
buscando una respuesta.

Esta noche
no queda ni tu nombre,
pero vuela
—memoria fugitiva—
tras tu efigie.

En el desierto:

corazones verdes
—palpitantes—
que cuajados de espinas
elevan la plegaria
silenciosa.

Desea con ansia

un valle de flores y voces
para cantar embriagada y alegre.

Espera un autobús que le lleve
no al lugar donde muere la brisa
entre números negros y rojos.

Ella imagina un paisaje
plácido y libre.

¡Qué lástima
que el otoño llegue tan pronto!
¡Qué lástima que tu voz se extravíe
entre humo y concreto!

Ella quisiera una ventana
para mirar
cómo se apaga la tarde
en los cerros lejanos,
borrosos, robados de la paleta
de un maestro holandés.

Pluguiese al camino
concederte ese baño
en un agua muy clara:
tendida en el pasto
mirando las horas
que cruzan el cielo.

¡Qué lástima
que el otoño llegue tan pronto!
¡Qué lástima
que tu voz se extravíe
entre humo y concreto!

Un hombre se rinde

con el ceño marcado
por el fracaso.

Guerreiro de papel,
sarabaíta de olvido
que falla en sus más altas
esperanzas.

¡Qué prestancia la tuya

en balcones silentes!,
y cuéntame una historia
de países lejanos.

¡Qué galas te presta la luna
al dormirse en tu pelo!

Hoy, con las ondas del mar
yo quisiera dormir
—suave tacto de seda
para adivinarte la piel—.

Y cuéntame una historia
de lobos aullando en el viento,
y nunca, ¡oh nunca regresep!,
a aquellos parajes perdidos
en la orilla de un sueño.

De leche y sangre

tu piel, tu recuerdo
en el viento.

De leche y sangre
tu gesto de ausencia,
tu pelo
—silueta del tiempo—.

De leche y sangre
tu imagen,
fría en mi álbum.

Antes y después de ti

—extraño paréntesis del Universo—,
íntima, majestuosa y desgarrada.

Una parte mía
quiere seguir evocándote...

contra toda lógica...

...aún espera que regreses.

Llueve y con la lluvia el pensamiento

naufrega en un cúmulo de voces.

¿Acaso todo es sombras fugitivas,
inasibles, permeables al momento?

¿Es que un día olvidamos el camino
de los sueños, fatigados, en pedazos?

Llueve y con la lluvia el pensamiento
se encuentra dueño del silencio y de las horas.
Quizá la tarde y los senderos de la hierba
se pegaron, del tranvía en el recuerdo.

Es que somos ángeles de angustia
—extraviados en los gestos del olvido—.

Punto muerto,
ciudad congelada
en espera del tren
que nos lleve al mañana.

Gris pincelada,
redoble de muerto
en miserable tonada
—me hipnotiza el vaivén
de las horas—.

Un pasaje sin vuelta
muy lejos
de este inframundo
—diseño de hierro
y de humo—.

Muy lejos, señora,
muy lejos:
marea del sueño
en la orilla del tiempo.

Ebria se posó la mirada

en los arrecifes,
y grité tu nombre, insultándolo,
y por un momento encontré alivio;
pero vinieron las furias
cual si fueran momias resacas,
deshidratadas por los vientos
del odio y la venganza.

Cerré los ojos y apreté las manos,
desangrándome en el rejón del muelle;
y luego vino un cansancio
profundo y pesado.

En los resquicios de la estructura
gemían los fantasmas,
en las aguas negras de la noche
y en los ojos vulpinos del cielo.

Ebria se posó la mirada
en los arrecifes,
y grité tu nombre, insultándolo,
y por un momento encontré alivio,
y creí dar con la respuesta.

Como pesadas gotas de lluvia

en mis párpados, te sueño:
el silencio abre las fauces
y no puedo hacer nada.

Me vienen ganas de irme lejos,
donde yo no exista,
para olvidar que respiro
y que a la vuelta del muro,
en el espejo,
estará el mismo de siempre.

Escribiendo año con año

los pasos que llevan lejos de ti;
pero siempre me alcanza
la Reina, me alcanza el Alfíl.

Cierro los ojos y el frío dibuja
una historia de ángeles necios
—la imagen difusa
de tu pelo en el viento—.

Un vacío gravita en mi pecho
y el bosque pierde la luz:
un mensaje de líneas borrosas,
una botella en el árbol.

Escribiendo año con año
los pasos que llevan lejos de ti;
pero siempre murmura
una gota de sangre en la piel.

Será que una vez

pronunciado tu nombre
por encima de las gestas del tiempo,
los viejos latidos se transforman
en gotas de venganza y orgullo.

Ese frío rutilante de gemas

de sombras difusas que rezan
por una gota de fe.

Esa manía de soñar en el hielo,
con visiones frecuentes
de auroras boreales:
guerrera que bebes la sangre
tendiendo tus brazos
al héroe caído.

Rompe la lluvia y el viento
en las rocas, buscando
con manos heladas
la esencia en tu piel.

Cuando la soledad

nos exige el silencio,
una buhardilla basta:
un rincón plagado
con telarañas,
una cajetilla de cigarros
y una copa de vino
para escuchar los matices
del olvido,
para hundir la mirada
en lo más profundo
de la noche, a solas
con las propias obsesiones.

El tiempo

Como en sueños pasan los árboles
y por encima, los pájaros:

La llanura se extiende implacable
detrás de los cercos;
el aire se llena de polvo
y la monotonía del trayecto
se rompe...

...un viajero que pasa.

En la orilla del camino.
los cuervos acechan apostados
en los palos torcidos.

Tu pelo de bruma y deseo:
tan cerca mi rostro.

El bosque niega la armonía
y se llena de polen
que imita fantasmas.

La ciudad llena de luces:
volvemos cansados.

Esa historia
se repite mil veces,
pero el tiempo nos alcanza
y todo se vuelve un recuerdo...

...el tiempo.

Las casas duermen

bajo la tormenta
y detrás de los postigos,
el silencio espera:

sombras fugitivas
y penosas,
envueltas con un halo
de vapor.

Un carro pasa
violando la blancura
de la nieve.

El silencio es opresivo,
el silencio escucha,
y los fantasmas de la tarde
se niegan a partir.

Nota insidiosa del crepúsculo

con un dejo de tristeza:
los vapores del ajeno se disipan
y tu nombre se me borra de la piel.

Una colilla en el camino,
un brote de locura
—los meses de lluvia
preludian la caída—.

A veces
tu tacto semeja el musgo
de los cimientos resquebrajados
y la tarde olvida la risa
y en tu pelo sueña la distancia.

Te recuerdo...

en la nieve que corona
la montaña,
en pinturas de ángeles
y ensueño,
en el silencio grave
de los muertos,
en las sombras de la tarde
y en la bruma del océano.

Agua y arena:

vasta soledad
que llena el pensamiento
y los juegos de los niños,

falsa tibieza de la tarde
que les mueve a desear
un lecho caliente;
pero cautivos de belleza
postergan
el abrazo materno.

Agua y arena:
vasta soledad
que ocupa el sueño
de la orilla, de esa orilla
que apenas se pronuncia.

III
LA SANGRE
DE MIS VENAS

Como se desgarró tu nombre

en los velos del puente
vino la lluvia a llevarse tus huellas
y bajo la sombra de un olmo viejo
donde grabaste un saludo a los pájaros,
escribía, cantaba un trovador
de vapor y de brisa.

Sabes, te olvido... y los versos me huyen
para derramarse a lo largo del pueblo.

El tiempo, a veces traicionero:

erial inmenso
desbordado de mi soledad,
campo de Marte
cuajado con los huesos
de la pírrica victoria.

—la carta que jugamos
con el Diablo—.

El tiempo, a veces traicionero:

erial inmenso
desbordado de mi soledad,
océano de luna
aderezado de fracasos
y tropiezos,

—la carta que jugamos
con el Diablo—.

Tú sabes, llega el cansancio

y el sueño se vuelve un punto lejano
—inverosímil—.

Viene el silencio de mil cobardías
que ostentan el nombre:
“Prudencia”,

pero nunca llega la resignación
y la noche transforma
aquellos fantasmas
que amamos un tiempo,

y la gente comienza a mirarnos
como una promesa vacía,
como una flecha
que no dio en el blanco.

Hay veces que el espejo
nos devuelve una imagen muy fría
y sin embargo, tan familiar.

Voy extraviado
en una ciudad que aborrezco
y tu nombre se filtra
en las grietas del tiempo.

¡No vuelven los gritos
que lanzamos al aire!,
ni el asombro cubierto
de esa ignorancia
que hoy extrañamos.

Traje verde del poeta

—la pluma blanca
en el sombrero—
la vieja laúd...

...y un pliego de sueños
parchados mil veces.

El poema se acumula,
se fermenta y me emborracha,
se refleja entre tus ojos,
se proyecta en el silencio.

El poema duerme
entre las cosas y los seres
—en una línea
prisionera de la pluma—.

El poema es invisible
e inesperado se presenta
—es la llave de la angustia—
el paso del sueño que regresa.

Muy cerca de la chimenea

y del coloquio suave de las salamandras
un hombre sueña con ilusiones
que nunca tomaron forma.

Ese hombre está hecho de tierra y sol,
de las rutas del desierto y de la Madre Patria
y en sus ojos miel, taciturnos,
se reflejan las volutas del cigarro.

En las armas santificadas por las generaciones
y en el sol crepuscular de invierno
que consigue filtrarse por las ventanas
resuena la voz grave, profunda,
exigiendo un café.

Ese hombre está hecho de tierra y sol,
de las rutas del desierto y de la Madre Patria
y en sus ojos miel, taciturnos,
se refleja la tristeza de un Quijote
que perdió la espada.

La sangre de mis venas

Voy a enseñorearme
de la eterna belleza
en el fulgor de tus ojos.

Buscaré un camino
aderezado con hielo,

te seguiré
por el jardín de los fantasmas.

...voy a escribir un poema
con la sangre de mis venas.

El poeta verde sueña

y como las hadas, cambia al azul.

El poeta verde
no es hijo de Víctor Hugo
ni escribe panfletos
de vindicación social,
y es que las tierras lejanas
son monarquías.

El poeta verde
conversa con los reyes muertos
y ellos le mueven a simpatía;

es de un linaje
que se pierde en la noche
del tiempo, es hijo del caos
y del rayo creador
—es poco más que una sombra—.

El poeta verde sueña
y como las hadas, cambia al azul.

Hermano,

¿recuerdas de niños
una plegaria dichosa?..

¡Qué aventura al crecer!,
qué alegría en el cigarro,
en los secretos.

Hermano,
y luego se dividen los senderos
y descubrimos que en el fondo
sigue igual.

Detrás de las torres

de la Fata Morgana,
el poeta
de los dioses paganos...

...detrás de la bruma,
en las tierras felices:
un racimo de uvas,
un brebaje de sueños.

Detrás de las olas
y en el rozar de tu piel,
detrás del hechizo
de la Fata Morgana,
el poeta
de los dioses paganos.

He soñado tantas veces

con una casa de adobe,
con un árbol y un río.

He anhelado mirar
los cambios del día,
fuera de una ciudad
llena de fábricas y ruido;
pero también
se necesita valor para huir.

Soñé con una máscara
indefinida; tal vez
un dato borroso en la memoria.

Grité a lo lejos;
pero el sueño nunca regresó.

Quise pintar
los cuerpos diminutos
que asomaban en la pradera,
los cuerpos que luego
se diluyeron.

Perdí mis deseos un par de veces;
me acostumbré a asentir,
a negociar, a posponer.

He llevado las cosas en paz,
he extraviado mi nombre y mi alma.

Al pie de la montaña

se reunieron los imbéciles,
y con grandes voces,
imploraban:

“¡Señor!,
te quitamos las joyas
y copiamos tus gestos;
pero no pudimos alcanzarte”.

Luego rasgaron sus vestidos:

“Señor,
nos avergüenza tu altura
y por eso te pedimos
que bajes al nivel de la inmundicia,
que te comportes como un mono
y que así, el contraste
no sea tan doloroso”.

Se echaron cenizas
en el pelo y en la cara:

“Señor, te pedimos
que las princesas besen
a los porquerizos,
que arrojes tus perlas
a los cerdos
y que llenas de fango
no puedan deslumbrarnos”.

Y juntaron las manos
y dijeron: “Amén”.

Flamígero ondeo,

cortejo de sueños,
ego desbordante
de mi soledad.

Jardín fuera de gracia,
—fuera de historia—
grieta de la realidad
por donde acechan
los fantasmas.

Las cartas de Mónica

tienen perfume y desvelos
y están bañadas con sangre,

tienen hierba por dentro
y un sol muy antiguo
—tienen mis lágrimas—.

Las cartas de Mónica
huelen a decepción,
a un proyectil
de hierro oxidado,
profundo en la piel.

La flor del cerezo

Este bosque de murmullos
donde los matices de las hojas,
donde la cabaña vieja
en que nos guarecemos
de la lluvia y las miradas.

Esa ventana de flores
donde hablamos de secretos,
fumando cigarro tras cigarro.

Y siempre recuerdo las notas
donde el placer tiñe la tarde,
la escena en que pretextas
una canción de los árboles
para luego bañarte, desnuda,
en la flor del cerezo.

Con una lira de plata

la Luna, con una lira
bañada en sangre,

con el vestido juglaresco
y la sonrisa burlona,
con ese gesto muy frío
que es bello y terrible.

Con una lira de plata
la Luna, con una lira
bañada en sangre,

con esa crueldad
que aprendió desde el día
en que los ángeles cayeron
como plumas de nieve.

Artemisa

A Artemisa Salvatierra

En tu casa sueña un cántaro de barro
con el agudo filo del deseo,
agua clara en el pico del gorrión.

Tú te dices tormenta,
los anhelos sangrientos del crepúsculo
—ese poster del Ché—
y un beso de ceniza.

La muchacha de la casa antigua,

la que impregna los silencios,
la que imagino desnuda en la ventana,

la que recoge flores del jardín
por la mañana,
la que esconde su nombre
para que no puedan invocarla.

La muchacha de la casa antigua,
la que filtra los ojos
en el tiempo y la memoria.

El pavimento es un espejo de obsidiana

y bajo el suave golpeteo del paraguas
contemplo jirones de niebla derramándose
en distantes desfiladeros, como ríos
de sueño, llenos de galeones imposibles.

Habrá quien embone

con un sistema
que construyeron para él;
habrá a quien le duela
una serie de muescas
en la espalda y en el pecho
—habrá quien se esconda
en causas comunes—.

Si la vida
sólo ofrece desperdicios,
no comeré;
luego, la vida no es para mí.

Si soy un águila
no voy a arrastrarme;
si no lo soy
de cualquier manera volaré,
aun y cuando deba conformarme
con una larga parábola
hacia el piso.

Que pudiera rodearte

de un mundo inasible,
nombrarte del silencio
las cosas, una burbuja
en rosa y violeta
con las notas doradas
del pavorreal.

Un despliegue
de insectos etéreos,
una flor en la nieve.

Escarcha plateada

en un árbol rodeado
por lobos,

el viento sopla
cortando la piel.

Visiones lejanas
de un ventanal
lleno de luz y de risa;
pero siempre paso
de largo.

Esta dulce alegría de vivir

en el suave correr de las aguas
a la orilla del tiempo;
esta playa de brisa y de sueño,
de coronas de flores
que arrojamos al mar;
esos flecos volantes
que simulan
bandadas de pájaros:
el gesto amable del reino
que desconocía la guerra.

Esta dulce alegría de vivir
en el suave correr de las aguas
a la orilla del tiempo.

Cerca de la fuente

dos mujeres hablan de secretos,
y una sonrisa que esconde un pecado
sabe a delirio y brilla en los ojos.

Cerca de la fuente
dos mujeres comparten los bocadillos
que pueden ser las palabras
y con un roce de sus negros cabellos,
invitan a jugar en el agua.

Y toda la sangre de mis venas

huyó con la poesía que escribí,
y todos los sueños se volvieron
una corona de cardos y espinas,
y algunas veces parecía
que no fuera más que un espectro
animando jirones de papel,
un alma condenada
por un puñado de versos,
un exiliado de todas las patrias.

En algún instante de lucidez
pude mirarme al espejo:
buscaba las huellas de un náufrago
que partió
tras el murmullo resplandeciente
de la isla de la Fata Morgana.

Y ahora un avance especial de

Imágenes furtivas

De:

Elko Omar Vázquez Erosa

ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA



IMÁGENES FURTIVAS

VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

Poemas insomnes, grabados en ámbar y otoño.

Un hombre puede volverse

adicto a la tristeza,
y recolectar imágenes
que van a reflejarse
en todo pliegue del instante,
en toda forma que sorprende
la mañana en su gris peregrinar,
con esa sorda desesperación
que aconseja el recuerdo
de unas manos, una rosa, un jardín.

Sentado frente a mi copa de angustia,

frente a destellos en ámbar y otoño
cincelados con las horas vacías
que formulan preguntas a la noche,
a los desiertos de cardo y espinas
que constituyen los rojos espacios
de esta vieja y enorme soledad.

Mis sueños son demonios que se encarnan
al conjuro de una antigua locura,
criaturas que gustan de la tormenta,
de los paisajes hostiles e inciertos.

Algunas veces la lluvia imagina
una dama fantástica y de nieve,
una mano helada para mi fiebre,
un pájaro hecho de canto y de luz.

Sentado frente a mi copa de angustia
vine a buscar un refugio en las sombras,
y con la sed que se llama agonía,
y al filo de mis ansias sin medida
pregunté al oráculo de la fuente,
pero el agua tan sólo reflejaba
del ángel caído penas sin tregua.

Ella tenía el alma

hecha de lluvia y alambre de púas,
de horas incontables
mirando en la ventana
un vuelo de pájaros cenicientos
que huían cansados,
bajo la niebla.

Ella buscaba en la frontera
de los sueños oxidados
sus viejas quimeras infantiles,
sus primeras lágrimas de amor,
y con el vestido lleno de paja
y de rotas plegarias lunares
ella esperaba, tal vez una carta,
tal vez el regreso de un dios,
pero sólo volvía la lluvia.

Un día se desvanecieron mis dioses

en los pliegues oscuros de la montaña
para dejarme, cual náufrago distante,
a merced de mis demonios familiares.

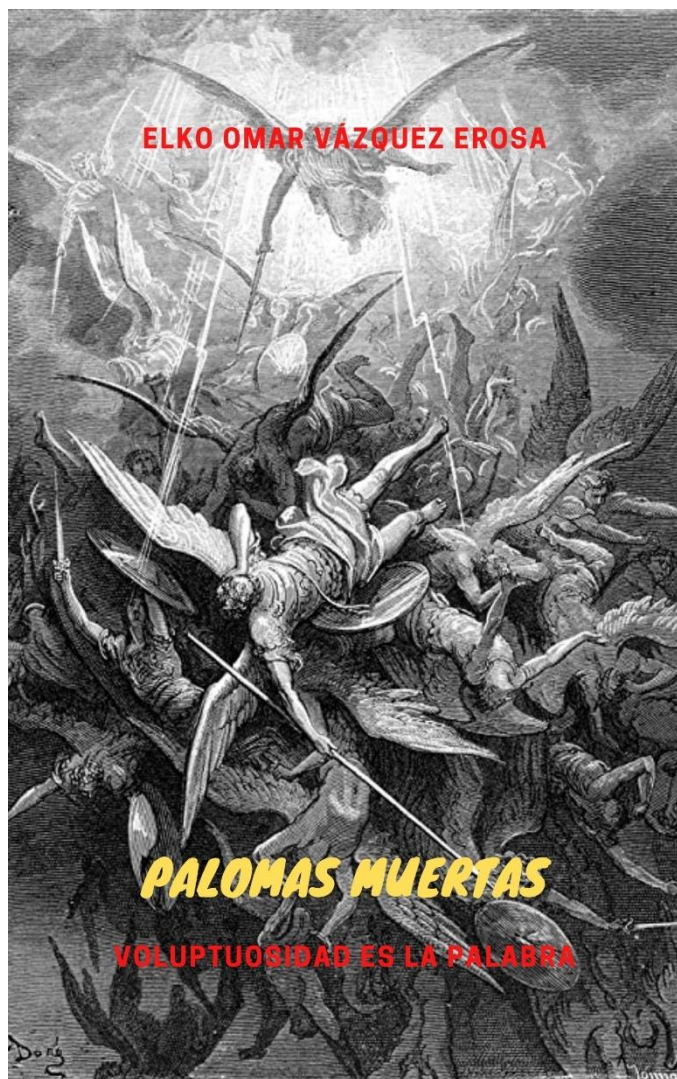
Desnudo y sobre las frías baldosas

intento reunir, pedazo a pedazo,
esta vida hecha de sangre y cristal,
de vagas resonancias que en la lluvia
tendían para hallarte hilos de plata.

Olvidado entre las húmedas ruinas
busco recordar todos los detalles,
cada milímetro de tu piel.

Hija de la muerte y la confusión,
criatura del relámpago y la lluvia,
concédeme las olas de agonía
que en tus ojos prometen el olvido,
ese vasto silencio del océano.

OTROS LIBROS DEL AUTOR



Poemas erizados de alaridos y púas.

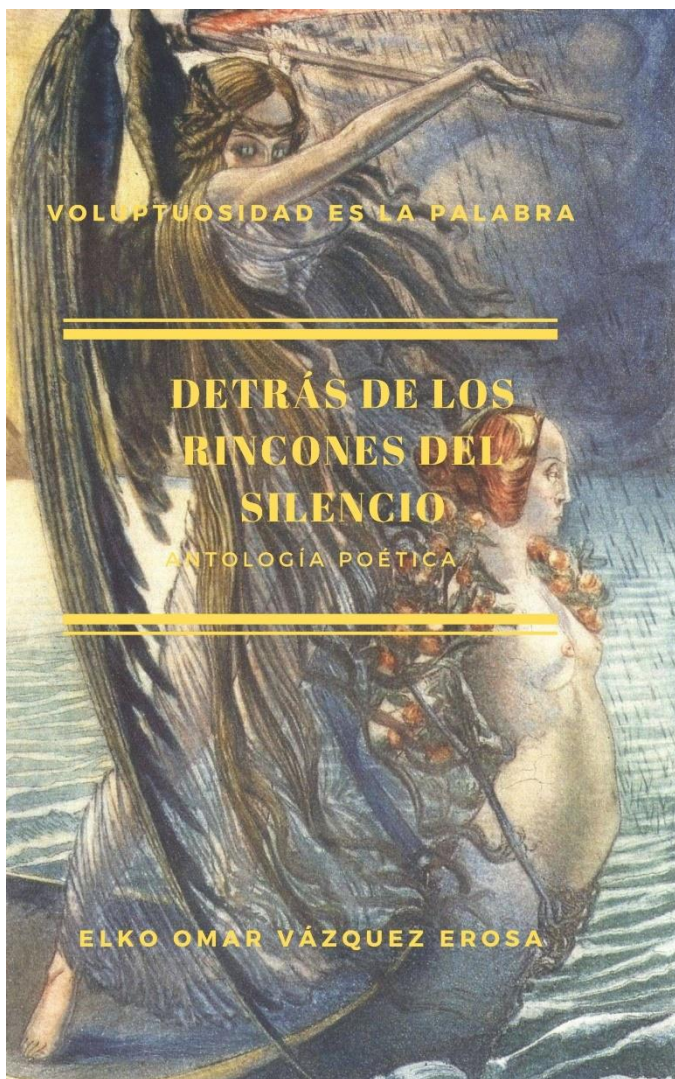
ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA



SUDARIO

VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

Poemas paganos, desesperados, cual reflejos de antiguos resplandores en carmín y lapislázuli.



Poemas encerrados en botellas de absenta, lanzados contra las olas del mar desde lo alto de una torre de marfil.

Contenido

I. El otoño y la muerte

- Ella, soplo de aire, 4*
Al igual que las hojas, 5
En círculos, 6
En olas punzantes, 7
Cíbola, tierra de polvo, 8
Y quién pudiera seguir los pasos, 9
La atmósfera se llena, 10
Hay frío, 11
Al morir todos los deseos, 12
Lejos tu rostro, 13
En un cine viejo y olvidado, 14
Un cráneo roto, la luna, 15
Perdí tu silueta, 16
Aleteo sobre las teclas, 17
Ella lanza una pelota de oro, 18
Eres tú, todavía, 19
La sacaban a pasear, 20
Los ancianos se reunieron, 21
La ciudad estaba desierta, 22

II. Íntima, majestuosa y desgarrada

- Hoy, entre retazos del ayer, 24*
En el desierto, 25
Desea con ansia, 26
Un hombre se rinde, 27
¡Qué prestancia la tuya!, 28
De leche y sangre, 29
Antes y después de ti, 30
Llueve y con la lluvia el pensamiento, 31
Punto muerto, 32
Ebria se posó la mirada, 33
Como pesadas gotas de lluvia, 34

Escribiendo año con año, 35
Será que una vez, 36
Ese frío rutilante de gemas, 37
Cuando la soledad, 38
El tiempo, 39
Las casas duermen, 40
Nota insidiosa del crepúsculo, 41
Te recuerdo, 42
Agua y arena, 43

III. La sangre de mis venas

Como se desgarran tu nombre, 45
El tiempo, a veces traicionero, 46
Tú sabes, llega el cansancio, 47
Traje verde del poeta, 48
El poema se acumula, 49
Muy cerca de la chimenea, 50
La sangre de mis venas, 51
El poeta verde sueña, 52
Hermano, 53
Detrás de las torres, 54
He soñado tantas veces, 55
Al pie de la montaña, 56
Flamígero ondeo, 57
Las cartas de Mónica, 58
La flor del cerezo, 59
Como una lira de plata, 60
Artemisa, 61
La muchacha de la casa antigua, 62
El pavimento es un espejo de obsidiana, 63
Habrà quien embone, 64
Que pudiera rodearte, 65
Escarcha plateada, 66
Esta dulce alegría de vivir, 67
Cerca de la fuente, 68
Y toda la sangre de mis venas, 69

Avance de *Imágenes furtivas*, 70

Otros libros del autor, 77